

tomado sus asientos en él, acompañados de cuatro personas más.

Un ruido se escucha á enorme distancia, semejante al de una tempestad, ese ruido aumenta y cambian sus sonidos.

El túnel, que mide 300 metros hasta el tiro, está profusamente iluminado con faroles de cristal y venecianos, repartidos en la bóveda oscura y húmeda: además por luces eléctricas y de vengala y por cien mechas mineras sostenidas por otros tantos *morrongos* que están colocados formando valla.

Las terribles explosiones de las cámaras hacen temblar los muros naturales de aquella sombría construcción, y multitud de gigantescas siluetas de los espectadores se quiebran al proyectarse en la desigualdad de las rocas.

Caminábamos hacia el tiro principal de la mina. Un tiro de mina es siempre imponente. La boca está desgarrada y aun se figura ver en ella formidables mandíbulas; despide ese hálito túbio de las entrañas de la tierra, mezclado con el olor del pabito, del sebo, de la pólvora; de la respiración humana, y de los gases que de allí se desprenden. Se sabe que hay en el fondo centenares de hombres, y no se escuchan ni sus gritos ni su trabajo. No se les puede dar luz, pero las bombas les envían aire. Por el tiro de extracción se sumerge una cuerda ó una cadena; la cuerda desciende rígida, la cadena se oxida y á veces se rompe precipitando siempre un bulto. El capataz del tiro se conforma con preguntar: ¿fué un hombre? ¿fueron cien arrobas de mineral?..... Toda aquella imponente maquinaria funciona en la oscuridad; los malacates rechinan, el vapor se condensa rápidamente; la carga golpea en las rocas y se vacía en carretones encarrilados; los mineros sudan y su sudor se confunde con las aguas de filtración; las luces *chisporrotean*; hay carcajadas en aquel trabajo sombrío y terror por las probabilidades de una muerte

cruel y silenciosa. Los que escapan, tosen después de cuatro años y escupen sangre, y después de haber pasado por sus manos, en las tinieblas, millones de riquezas, espiran en la miseria bajo la sombra de un miserable desvan.

El Gral. Díaz, presidiendo la comitiva, llegó al borde del precipicio: este tiro tiene 300 metros de profundidad. Cuatro grandes toneles de fierro funcionan en él, extrayendo una tonelada de agua cada dos minutos.

Una gran cantidad de bombas fueron arrojadas dentro del tiro, las cuales hacían explosión al encontrar el primer obstáculo en su caída ó cuando la mecha había ardido. La montaña se conmovía sin hundirse y sin que se desprendieran pedazos de sí misma; solamente el aire produjo ruidos en los socavones y apercibimos ecos que parecía que no correspondían á ningún sonido humano.

El tiro de extracción se iluminaba por intermitencias, con relámpagos subterráneos, causados por enormes estopas embreadas é impregnadas de aguarras que se arrojaban desde la altura. La combustión aunque instantánea, presentaba un paisaje parecido á los cantados por el Dante; las rocas dejaban ver su forma un segundo y volvían á desaparecer en las tinieblas, compactas, mudas, aterradoras; el abismo parecía irritarse con la luz y hacerse más imponente, más austero, más implacable.

Descendimos por el tiro, que llaman del trabajo, donde en la roca viva se halla tallada la escalera; el cincel que ha trabajado en esta obra es rudo, y el mérito de ella consiste en su atrevimiento: es un inmenso y amplio caracol que sondea el abismo y que al descender por él, alumbrado por las antorchas, se producía una vista fantástica de sombras disformes, inexplicables y movedizas.

Llegamos por fin á la Capilla; penetramos en ella, y allí una orquesta dejaba oír notas musicales que pare-

cian gemidos. En ese salon se habia preparado un simulacro de trabajos mineros por una seccion de veinticinco silenciosos barreteros, engalanados con el traje del primer hombre.

Multitud de mineros alumbraban, tea en mano, como los *grec-ejs*, el interior de una pirámide egipcia.

Las fisonomías tornáronse graves. Creía yo estar rodeado de romanos dispuestos á orar en las *catacumbas* de la ciudad eterna, y á morir en defensa del Cristianismo, ganando la palma del martirio debida á la crueldad de un Diocleciano.

Cuando la música cesó, escuché un ruido infernal de hierro golpeando la roca.

Terminado este simulacro de trabajos, los mineros felicitaron al general Diaz, haciéndole una ovacion imponente. Los *cíclopes* estaban contentos, y habituados á lo tétrico de aquella estancia, pretendieron sacar un sonido alegre de esas masas inmóviles y eternas. Las barretas golpeadas con teson por acerados martillos y mil gritos estridentes lanzados por rudas voces, acompañados por la música, formaron la armonía lúgubre de aquella escena que impresionó hasta á los mas decididos de la caravana

Salimos de la mina. Las *pepenadoras* felicitaron á los que habian visitado las entrañas de la Madre Tetis. La orquesta ejecutó una hermosa marcha triunfal; alegres la escuchamos; no pesaba ya sobre nosotros la inmensa mole de aquella montaña.

Acto continuo pasamos á un salon en la habitacion del administrador, donde se sirvió un bien preparado *lunch*, sin faltar en él riquísimos vinos y licores.

Los Sres. Luis y Mariano Robles Pezuela, Joaquin Alcalde y Luis Robles Rocha pronunciaron brindis llenos de elevados pensamientos.

El general Diaz brindó tambien. Sus palabras lle-

nas de sentimientos de afecto, nacidos de su corazon, vinieron á formar el panegírico del Sr. Luis Robles Pezuela. Sus conceptos hicieron palpitar de emocion los pechos de los presentes, afectando profundamente el de aquel á quien eran dirigidos, quien seguramente experimentaba ese enternecimiento misterioso que dulcifica las penas sufridas y llega hasta mitigarlas.

El general fué estrepitosamente aplaudido. Dos nuevos y verdaderos amigos habia allí: el general y el Sr. Luis Robles Pezuela.

Despues, el Sr. Mariano Robles, obsequió personalmente al general y al Sr. gobernador con riquísimas piedras de su mina: última demostracion de afecto con la cual terminó la visita al *Nopal*, cuyos recuerdos serán siempre gratos é inolvidables.

A la una de la tarde regresábamos á Guanajuato.

La sombra habia pasado á la mitad del dia: la luz nos esperaba á media noche.

Así fué. A las nueve de la noche llegué á la puerta del Palacio.

El primer golpe de vista fué para mí muy grato. A la entrada, estaba formada una gran guardia de honor. El pátio, se habia convertido en un jardín, en cuyo fondo se dejaba ver una cascada de caprichosísima forma, medio cubierta por gracioso follaje, cayendo los hilos del claro líquido desde gran altura hasta un amplio vaso del cual se derramaba en pequeños arroyuelos que iban á refrescar los diversos prados de aquel jardin. La vista evidentemente me engañaba y fuéme preciso hacer uso de algun otro de mis sentidos, para convencerme de que aquello no era la verdad.

A la izquierda de dicha cascada, se miraba la gran escalera tapizada de paño rojo cuajado de pequeñas lentejuelas de oro y vallada por balaustrados de hierro cubiertos de plantas olorosas y de rosales ostentando sus bellísimas flores. En su amplio descanso, estaba co-

U. A. N. L.

locado un gran espejo que reproducía la multitud de luces que alumbraban aquel verjel y los diversos matices de las plantas mencionadas. Sobre estriadas columnas, colocadas de trecho en trecho, se veían hermosos candelabros de bronce llenos de luces.

Multitud de macetones con frondosas plantas, ramas de árboles, artísticamente colocadas; festones de heno; luces venecianas en verdadera profusion y elegantes candelabros de bronce y cristal, convertían el patio y la escalera en un accidentado jardín de particular belleza.

En la parte superior de la escalera, en una pequeña galería, había otro jardín en el cual estaba colocada la orquesta.

Después de haber contemplado aquella hermosa cascada, aquel verdadero oasis, aquella elegante escalera, que parecía una elevación natural del terreno por donde seguía el trepador follaje, llegué á la puerta del salón de baile. Es éste elegantísimo y estaba admirablemente adornado. El tapiz de los muebles y las ricas colgaduras de los balcones y vidrieras de comunicación para los otros salones, es de rico brocado de tela roja. Grandes espejos, elegantes cortinas de punto y mullida alfombra, completaban el menaje. Aquel gran salón estaba iluminado por un hermoso candelabro, con multitud de luces que aumentaba la claridad de las muchas bugías que estaban colocadas al derredor de la estancia sobre candelabros de elegantes formas.

El aspecto que presentaba en su conjunto era verdaderamente aristocrático y venía á embellecerlo; de una manera para mí indecible, la multitud de hermosas señoritas cuyos ojos hacían empalidecer las 200 luces de aquel salón. Éste alumbrado debería llamarse eléctrico con más razón que el perfeccionado por Edison, pues alumbraba no sólo á la materia sino también al espíritu.

Aquel conjunto de bellezas guanajuatenses, era un cántico de amor, era el más bello matiz de la ilusión,

era el más soñado ideal de la mente, era la fuente de la inspiración y de la poesía. No podía ser de otra manera: allí estaba la sociedad escogida de aquella culta capital; y aunque anticonstitucional la medida, comprendí que se había exigido pasaporte para que no penetrara en aquella reunión sino la que llevara patente de hermosa.

Al encontrarme entre aquella sociedad, cuyas fisonomías me eran desconocidas, figuréme que me hallaba en uno de los amplios salones de escultura de la artística Roma; y que algún encantador con su vara mágica, había hecho que tomaran vida, color y animación todas aquellas escultóricas figuras.

La Sra. Josefina Obregon de Muñoz Ledo, hacia los honores de la casa con exquisita finura, acompañada por su digno esposo el Sr. Gobernador.

El Sr. general Díaz, presentado á las damas y caballeros, no tuvo un momento en que no fuese justamente cumplimentado y atendido.

La orquesta, interpretaba una bella composición de Strauss, cuando una joven de bellísimo semblante y de picarezas facciones cautivó mi admiración. Cada una de sus sonrisas era un epigrama y cada una de sus miradas una broma. ¿Quién es esa encantadora criatura que parece vivir matando? le pregunté á algún amigo. Es María Párres, me contestó. ¡María! No se me olvidará este nombre. ¡Aquí hay peligro! dije, y fuíme á otro lado del salón.

Allí admiré una belleza clásica, seductora. Era Elena Goerne, cuyos preciosísimos y pequeñitos piés, en coquetísima botita blanca, no debían tocar la tierra como no la toca jamás el *huma*, esa ave milagrosa de los orientales.

Honréme cinco minutos platicando con la graciosa y distinguida Srita. Luz Robles Rocha. La virtud se revela en su bello semblante. Sus distinguidas maneras, su fina educación y su agradabilísima conversación, hacen

que sea una de las joyas mas preciadas de aquella sociedad. Esto no es un elogio, es hacer justicia al mérito.

La belleza, la gracia, la elegancia y las distinguidas maneras de la Srita. Luz Castañeda, forman un conjunto encantador. Para su adorno no necesitó más, que de flores sus hermanas, siendo ella la reina de todas. Simpatías y alabanzas era lo que ella recogía de aquella concurrencia que comprendia todo su valor. Detallar su magestuosa esbeltez, la forma correcta de sus facciones, la delicadeza de su tez, la expresion de sus negros ojos, así como describir su sonrisa y la belleza de sus manos, seria cosa difícil para un poeta é imposible para mí.

¡Quién no se cree en Aténas al ver á Luisa Chico! Fideas hubiera declarado incorrectas sus obras si la hubiera conocido.

El que conozca á Josefina Bouquet, á la encantadora rubia, no sabrá que admirar más, si su belleza ó su maestría en el baile.

Debo tambien hacer mencion muy especial de estas otras bellísimas damas y señoritas, á quienes conocí. Comenzaré por.....pero si continuó hablando de tanta hermosura, el rico idioma de Cervantes será pobre para mí. Preciso es que yo calle.

No puedo describir los elegantísimos trages y tocados que en ese baile tan justamente admiré. Confieso mi ignorancia absoluta en esta clase de descripciones; yo no sé ni los nombres de las hermosas telas ni el de la multitud de detalles de que se forma un traje de señora. Basta decir, que todos eran variados y de caprichosas formas con muy ricos adornos, y que todos ellos formaban un conjunto de verdadero gusto y elegancia.

Valiéndome de la conversacion que tuve con una amabilísima dama, puedo decir: que la Sra. Josefina Obregon de Muñoz Ledo, vestia con verdadero lujo y con inusitado gusto. Llevaba un elegantísimo vestido co-

lor crema con volantes dobles de encaje de tul y dos guias que recogian los abullonados de la sobre enagua; pequenísimas mangas sostenidas por *bouquets* encarnados; portaba un precioso ahogador de brillantes con un magnífico guardapelo; en la cabeza tenia una rica diadema y un ramo artificial. De porcelana de Sèvres parecia la Sra. de Muñoz Ledo! ¡Tan hermosa así estaba!

La Sra. Antonia del Moral de Jimenez llevaba un traje verde-mar y ostentaba hermosísimas y valiosas alhajas que hacian realzar su belleza.

La Sra. Angela Cumming de Ibarguengoitia se engalanaba con costosísimas alhajas y vestia un traje de.....mas, ¿para qué es describirlo? Todo se pierde al contemplar sus grandes y hermosísimos ojos.

A las doce de la noche fué servida una espléndida y bien servida sena, que en todos sus detalles correspondieron al aristocrático baile. No podia esperarse menos de la galantería del Sr. Muñoz Ledo.

Despues de hora y media que pasamos en el salon comedor, se reanudó nuevamente el baile, siempre animado. Aquel salon era un centro de ensueños de alegría y de felicidad suprema.

La orquesta que nos hizo escuchar tan suspirantes melodías, fué dirigida por el Sr. Telésforo Vargas; es verdaderamente notable por el número de profesores que posee y por el gusto que tiene su director para la eleccion de piezas de general aplauso y de singular gusto. Los walses alemanes y las cuadrillas francesas, fuéron perfectamente interpretadas por dicha orquesta.

Difícil me seria mencionar nominalmente á todas y á cada una de las elegantes señoras y señoritas que concurren al baile; tanto más difícil para mí en mi calidad de forastero. Pero si mi memoria no me es infiel, diré que allí se encontraban entre otras muchas las Sras. Soledad Otero de Parres, Francisca Ramirez de Goerne, Ignacia Gonzalez de Chico, Guadalupe Vazquez de Urrutia, Luz Obregon de Castañeda, Ana del Moral de

Anaya, Luisa Ibarguengoitia de Alcázar, Sra. Valle é hija, Sra. Parkmann é hijas, y las Sritas. Francisca Goerne, Elena Castañeda, Dolores Robles Rocha, Enriqueta Rubio, Paula y María Rocha, Virginia Chico, Eugenia Echeverría, Concepcion Vazquez, María, Josefina y Clara Brokman y Soledad Burquiza.

Entre los caballeros, figuraban todos aquellos que se distinguen por su buena posicion social en la culta Guanajuato.

A las cuatro y media de la mañana terminó aquel delicioso baile que pasó como pasa un suspiro del alma; que fué un fiel trasunto del paraíso, un sinónimo de la felicidad, un apoteosis del buen gusto.

El Sr. Gobernador debe encontrarse orgulloso del éxito que alcanzó el baile dado en Palacio en obsequio del general Diaz.

Para terminar, diré: que así como los egipcios tienen el sentimiento del misterio, los alemanes el de la gloria, y los rusos el del éxtasis, así la sociedad de Guanajuato tiene el sentimiento de la finura.

Ceremonias Militares.

Por la parte de Axarquia, como diria un árabe, presentose armado de punta en blanco el caballero Febo, persiguiendo las sombras de la noche, poniéndolas en derrota y llenando con su séquito de luz el nuevo día.

Era el día 28, señalado por el C. Gral. de Division, Porfirio Diaz, para que se verificase el solemne acto de la entrega de la bandera que hacia por sí y en representacion del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, C. Gral. de Division Manuel Gonzalez, al primer Batallon del Estado Libre y Soberano de Guanajuato, quien debia protestar defenderla en los campos de batalla hasta morir.

Desde las primeras horas de la mañana notóse un movimiento militar en la poblacion y escucháronse los guerreros sonidos de clarines, cornetas y tambores, que

antes eran escuchados con pavora en épocas luctuosas, y que hoy lo son con agrado, pues en medio de la paz en que vivimos, solo representan el "alerta" de vigilancia para que la tranquilidad pública no sea perturbada.

En la época de las Justas y de los Torneos, las damas presentábanse á ver lidiar á los valientes paladines, para infundirles ánimo. Por esta razon las de la capital de aquella entidad federativa, alistábanse á presenciar el solemne acto, que á las doce del día, debia tener verificativo, pues estaban persuadidas de que, los valientes que iban á recibir la tricolor enseña, no la abandonarían jamás al recordar que las bellas guanajuatenses les habian oido protestar defenderla hasta morir.

A las once de la mañana, en un plano horizontal que forma la confluencia de dos robustas montañas, en el punto denominado la Presa de la Olla, se miraba tendido en batalla el primer Batallon del Estado, á las órdenes del C. Coronel Juan Togno. Los Regimientos 4° y 7° de la Federacion y una seccion de Artillería del Estado, guardaban la misma posicion; formando estas fuerzas una brigada á las inmediatas órdenes del C. Gral. Manuel Inclan.

Las bellas damas coronaban los balaustrados de los balcones y los amplios corredores exteriores de las casas inmediatas.

El pueblo, en variados grupos, llenaba el resto del terreno en espera de presenciar la militar ceremonia.

Mientras tanto el C. Gral. Diaz, acompañado por los de igual clase, Lic. Manuel Muñoz Ledo, Gobernador Constitucional del Estado, y diputados al Congreso de la Union, coronel Jacinto Rodriguez y Lic. Joaquin Alcalde, ocupaba en compañía de estos un carruaje abierto, que debia conducirlo al lugar de la ceremonia.

Marchaba tras de este, otro carruaje en que eran conducidos los CC Grales. de Brigada Manuel Orellana Noguerras y Antonio Gayon.

El pueblo rodeaba á los ya expresados, gritando "vivas" á los dos primeros ciudadanos.

A las doce del día presentóse el C. Gral. Diaz con los ciudadanos ya mencionados, pié á tierra, frente al centro del Batallon, en donde se encontraban el Gral. Inclan y el coronel Togno. Inmediatamente el clarín de órdenes dió el toque de presentar armas, y en este instante todas las personas ya nombradas, se descubrieron la cabeza en señal de respeto.

El numeroso pueblo guardó silencio durante la ceremonia.

Una seccion del 4° de caballería, colocada al frente del Batallon, portaba la valiosa y elegante bandera que iba á ser entregada á éste; y al encontrarse el Gral. Diaz delante del Coronel Togno, el teniente coronel Clemente Villaseñor, con tres oficiales del expresado regimiento, la depositaron en las manos de aquel.

Tomóla el Gral. Diaz en la mano derecha, y dirigiéndose al coronel del batallon, dijo:

Compañero: El Presidente de la República me ha conferido el honroso cargo de apadrinar, en su nombre, el acto de la solemne entrega de vuestra bandera. Yo acepté, y cumplo con reconocimiento esa mision, porque ella me proporciona el doble placer de visitar esta hermosa ciudad y de plantar, en medio de vuestras filas, la tricolor bandera de Iguala, que cultivada por vuestras virtudes militares, será en vuestras manos la enseña de la fidelidad y de la victoria; de vuestra fidelidad hácia el Gobierno legítimo de la República, de vuestras victorias contra los enemigos de las instituciones y de la patria.

¡Soldados! Que este sagrado giron de seda, tenga para vosotros mas estimacion que la familia y la vida; que sea el emblema de ese valor, de esa constancia y de esa disciplina que han hecho inscribir en los anales de nuestro ejército, el nombre ya ilustre, del Primer Batallon de Guanajuato,

El coronel Togno, dirigiéndose á sus subordinados, dijo:

Ciudadanos jefes, oficiales, clases y soldados del primer batallon del Estado:

Por vuestra organizacion, disciplina, lealtad y buenos servicios os habeis hecho dignos de defender la Bandera de nuestra patria que representa su inmunidad, sus libertades y su Independencia. El gobierno del Estado os la concede como vuestro distintivo; y el C. Presidente de la República y el benemérito Gral. Porfirio Diaz os honran entregándoosla.

¿Protestais, empeñando vuestro honor, defenderla á costa de vuestra sangre y vidas?

(El batallon.—Sí protestamos.)

Si así lo hicieris la Nacion os lo premie, y si no ella os lo demande.

(Despues, dirigiéndose al Gral. Diaz:) Ciudadano general: A nombre del personal del primer Batallon del Estado doy las más expresivas gracias al C. Presidente de la República y á vos por el honor que nos habeis dispensado hoy; asegurandoos que la protesta que acabamos de hacer en vuestra presencia, sabremos cumplirla, siendo un motivo más para ello, el recordar siempre con orgullo de quienes la hemos recibido.

Primer Batallon: ¡¡¡Viva el Presidente de la República!!! ¡¡¡Viva el Gral. Porfirio Diaz!!! ¡¡¡Viva el C. Gobernador del Estado!!!

Inmediatamente la artillería hizo una salva de 21 cañonazos y el Himno Nacional dejose oír ejecutado por la música del Batallon, y por las de los Regimientos mencionados.

Terminada así la ceremonia, el Gral. Diaz se retiró á la casa del gobernador, frente á la cual habia tenido lugar el acto referido, en union de las personas que lo acompañaban; y se situaron en su galería exterior; desde donde vieron desfilar la columna de honor, que marchó en el orden siguiente: A la descubierta, una seccion del 4° de caballería; en seguida la artillería del Estado;